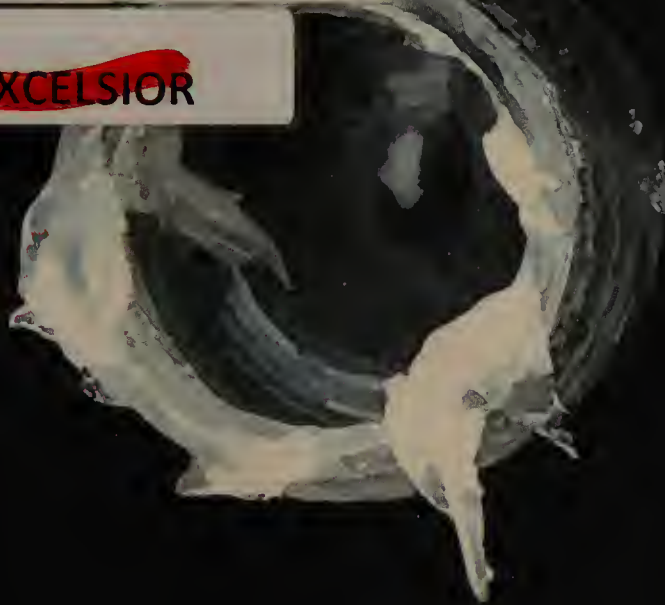


SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY



3 1223 06902 8992

EXCELSIOR



SIN VASELINA

ROCIO VASQUEZ DE VELASCO





1 MISSION

1995
FEB 23 2006

SIN VASELINA

3 1223 06902 8992

SIN VASELINA

Rocío Vásquez de Velasco



SIN VASELINA
Lima, agosto del 2004

© Rocío Vásquez de Velasco

© EDICIONES MARGINALES
edicionesmarginales@yahoo.ie

Diseño de carátula: Patricia Noya
Fotografía: Lissette Gun

Hecho el depósito legal: 1501402003-69-48
ISBN: 9972-688-43-7

Impreso en el Perú

*A todos aquellos que se burlan
del amor...*

No hay que mentir

EL CUERPO DEL INDÍGENA YACÍA SOBRE LA CAMA, mientras Cecilia tomaba una ducha y cantaba en inglés. El jabón olía a detergente barato. Tendría que secarse con esa toalla de felpa blanca tan áspera como las sábanas. Serenamente, se vestía recriminando al inanimado cuerpo.

¿Tú sabes lo que significa guapo y atlético? ¿No te dije que odiaba la mentira?

Después de reventarse una espinilla frente al espejo sonrió con optimismo, cogió sus pertenencias y salió.

Cecilia arrastraba su maleta con premura y empujaba abriéndose paso entre la gente. No veía las horas de estar en el avión. Sus indiferentes ojos miraban en todas direcciones. La *counter* gastaba saliva explicándole sobre el *boarding pass*. Poco antes de pasar a la sala de embarque vio una cafetería con servicio de internet. Sus ojos se iluminaron. Era una tentación irresistible.

Brad Pitt: Hola

Venus: Edad, ciudad

Brad Pitt: 17, Caracas

Cecilia había escogido a la diosa del amor como *nickname*. No le interesaba conversar con adolescentes.

Peter: Hi

Venus: Hi, a/s/l

Peter: 25, M, New York

Venus: Send me a pic

Peter: I am handsome, sweetheart

Venus: Are you sure about that? I don't like liers

Una línea aérea anunciaba su vuelo con destino a Miami. Ese era el vuelo de Cecilia. Antes de dirigirse a la sala de embarque quemaba sus últimos minutos en aquella pantalla de fantasía.

Buenos días, una sonrisa obligada le daba la bienvenida.

Cecilia avanzaba por el angosto pasillo empujando a la gente. Su sitio estaba al costado de la ventana como ella había solicitado. Una vez sentada, se divertía observando a los pasajeros que tenían dificultades en acomodar su equipaje en la cabina. Sacó de su bolsillo unas gomas de osito, comenzó a masticarlas con avidez y esperó que a alguien le cayera alguna maleta en la cabeza.

Cecilia hacía caso omiso a las indicaciones de las uniformadas que paradas en el pasillo mostraban con sus brazos las puertas laterales del avión, haciendo creer a los ilusos pasajeros que si el avión se estrellaba, alguien tendría la posibilidad de salvarse. La ciudad se hacía pequeña como una maqueta y Cecilia deseaba vomitar sobre aquellos techos mohosos y opacos que daban una impresión de suciedad y pobreza.

¿Desea unos micrófonos para escuchar la película?, le preguntó un amanerado joven.

Deseo que me dejen en paz.

Luego cerró los ojos y recordó.

Vampiro: Que lindo *nick* ¿eres una diosa?

Venus: Por supuesto. Edad, sexo, país

Vampiro: 29, m, Perú

Venus: ¿Cómo eres?

Vampiro: Alto, guapo y atlético

Venus: ¿De verdad? Mira que detesto que me estafen

Vampiro: Por supuesto. ¿Qué sentido tendría mentirte?

¿De qué color es tu sostén?

Venus: Negro y de encaje. Pero al grano: ¿te gustaría tirarme?

Vampiro: Por supuesto. ¿Cómo estás vestida?

Venus: Eso que importa, ¿acaso eres fetichista?

Vampiro: Me gusta que seas directa, muñeca

Venus: ¿Te parece si nos vemos esta tarde?

Cecilia se desconectó para darse un duchazo e ir al encuentro de su Vampiro. Se afeitó las piernas y las axilas. No veía las horas de ser poseída.

El hombre que atendía en la recepción no prestaba mucho interés en los clientes. Sólo, se limitaba a entregar llaves y asegurarse de la previa cancelación de veinte soles.

Disculpe, ¿la habitación de un tal Vampiro?

La 502.

Cecilia subía las escaleras imaginando lo que haría. Los fluidos que generaba su vagina habían traspasado hasta humedecer su pantalón.

La puerta estaba abierta y entró. Al cruzar el umbral percibió un fuerte vaho. El cuarto era un refugio para parejas desenfrenadas que daban rienda suelta a sus más bajos instintos. En el medio, se encontraba una cama de dos plazas

cubierta por una colcha huachafa y barata. El ambiente estaba caldeado y se podía percibir el olor a sexo.

Vampiro apareció tras la puerta del baño con el torso descubierto y una toalla blanca amarrada a la cintura. La descripción no coincidía con la realidad. De alto, atlético y bien parecido hombre, Cecilia tenía ante ella a un antónimo.

Hola, Venus, realmente eres preciosa.

Lástima que no pueda decir lo mismo de ti.

Tú sabes que el juego del *chat* es así.

Lo de la mentira, lo vamos a arreglar después. Ahora sólo me interesa saciar mi sed de sexo. Diciendo estas palabras, se acercó al enano engendro y le arrancó la toalla de un jalón. Entonces, observó interesada, lo único que realmente valía la pena en ese cuerpo humano. Eso era el miembro viril, que muerto y flácido daba la sensación de medir unos veinte centímetros.

Cecilia comenzó a desvestirse ante los anonadados ojos del indígena quién había sido aceptado por ella pese a su engaño. Vampiro la sujetó fuertemente de ambos brazos y comenzó a besarla con ferocidad. Entre besos y mordiscos, el hombre se las ingenió para destapar la colcha. La tiró sobre las acartonadas sábanas, otrora blancas y siguió besando con desesperación el cuerpo de la mujer. Cecilia sentía que su espalda se raspaba contra la alijada sábana debido al peso que tenía sobre ella, pero no le importaba. A pesar del asco, estaba excitadísima y embriagada de placer. Sentía que el flácido músculo se había transformado en un mazo duro y caliente que se frotaba contra su pubis. Ambos gemían y no dejaban de segregar líquido de sus genitales. Vampiro la penetró

con facilidad. Cecilia gritaba frenéticamente y deliraba con los ojos desorbitados. El semental, ahora también apestoso, arremetía su órgano brutalmente contra la vagina y el sudor de ambos caía. Vampiro ahogó un grito sobre el hombro de su diosa y el ajeteo cesó. Cecilia no había llegado al orgasmo.

¿Desea pollo con vegetales o carne con tortilla de papa? Una azafata le ofrecía el almuerzo.

Dije que me dejaran en paz, señorita, respondió la iracunda soñadora. Y así, volvió a sus recuerdos.

¿Te gustaría limpiármelo con la lengua?, sugirió el atrevido contrahecho.

Cecilia estaba enloquecida y sólo se dejaba guiar por su instinto animal, el cual había aflorado. Se puso de cuclillas para cometer *felatio*. Entre sus dedos tenía el pene de Vampiro aún latente. El glande tenía residuos de semen. Una vez que se metió el miembro en la boca, no podía tragárselo todo. Lo succionaba con ganas pero ella no se había olvidado de la mentira. Con los ojos bien abiertos para poder ver el gesto de su víctima, mordió el músculo semi flácido, con tal arrebató y odio, que Vampiro lanzó un grito de dolor insufrible, pensando que había sido cercenado. Los dientes de Cecilia estaban impregnados de sangre.

Maldita loca, gritaba el adolorido indígena, protegiendo su virilidad.

Cecilia tenía que silenciarlo. Gritaba mucho y la trastornaba. En menos de un minuto hurgó en su mochila y encontró un alambre. Saltó sobre la cama aprovechando que el semi castrado hombre se lamentaba. Le colocó el fino pero eficaz alambre alrededor del cuello y lo jaló con mucha fuerza mien-

tras contaba hasta cincuenta en alemán. Vampiro trató infructuosamente de zafarse del fatal castigo. Los ojos casi se le salían y su cara estaba morada. Al final del conteo, la políglota aflojó. Con un suspiro, desenrolló el arma asesina para guardarla nuevamente. Una vez más, no utilizaría el alambre en una de sus extravagantes esculturas.

¿Me invitas un Whisky?, preguntó Cecilia.

Disculpe señorita, pero ya estamos por aterrizar.

Bajó del avión desesperadamente. Esperaba tener suerte esta vez. Tenía que encontrarse con un judío adinerado cuyo *nick* era Lancelot. El era operador del canal de Florida y la había invitado a pasar una semana en su *pent-house* ubicado en Ocean Drive, tras cuatro semanas de *chateo* incesante. ¡Qué exquisitez! pensaba la asesina, una semanita en la playa, sexo todo el día y compras en los *malls*.

Saliendo de Migraciones, un hombre de unos cuarenta años portaba un cartel que decía **CECILIA**. La sonrisa de la viajera se fue desdibujando a medida que se aproximaba, pero algo le recordaba que debía fingir. Y sonriente frente a la persona con el cartel:

¿Lancelot? Perdón, ¿eres Jacob?

Si. ¿Cómo estás mi querida Venus? le respondió con suprema felicidad.

Disculpa, me imagino que no esperabas encontrarte con esto, le dijo avergonzado.

Cecilia empujaba la silla de ruedas consolando al paralítico.

No te preocupes, todos mentimos en el mundo del *chat*.

¿Te gustaría pasear por South Beach? Le preguntó el parapléjico, ignorando que lo que la mujer necesitaba era un pene que llene su vagina de semen.

Preferiría comprar un poco de alambre y luego ir a tu departamento.

¿Alambre?

Soy artista y me encantaría hacerte una pequeña escultura.

Una niña feliz

ANTES DE QUE LA MUJER PROSIGUIERA, una dulce voz la interrumpió.

Mejor aplástale la cabeza con un mazo. Luego, córtale las extremidades.

La mujer miró atónita a aquel ser, más sádico que ella.

¿Crees que golpeándolos no van a sentir cuando los degüelles? Igual es, agregó la vocecita.

La homicida prosiguió con su trabajo, ante la fija mirada de aquella criatura.

¿Cómo se llama?, le preguntó a la niña.

Sara.

¿Es hija de algún amigo del patrón?, continuó con el cuestionario mientras el tejido adiposo de sus víctimas se colaba entre sus resquebrajadas uñas.

A la niñita no le interesaba responder.

¿Quieres que te ayude a matarlos?, preguntó la tierna voz.

No creo que le guste. Ni sabe usar un cuchillo.

Estás muy equivocada. Maté a mis pollitos.

Entre cuchillos afilados, sangre en las paredes y trapos cochinos, Sara gozaba en silencio. Una fetidez reinaba en el ambiente.

La mujer continuaba con su faena, algo perturbada. No entendía cómo alguien podría haber engendrado a un ser tan diabólico. ¿Por qué esta niña no juega a la memoria, o arma rompecabezas? Seguro sus padres son como chacales, pensaba.

El ambiente estaba caldeado y Sara tan ensimismada, que ni siquiera la molestaban las moscas que se posaban en sus brazos. A un costado, se hallaba el fogón en el que constantemente hervía agua en una gran olla, donde los recién degollados serían luego hervidos. El humo que emanaba de la olla hacía bailar a diminutas plumas en el aire. Sobre el mugriento piso, se encontraban todos aquellos que esperaban impasibles su terrible fin.

El suelo estaba mojado y al contacto de las pisadas de la señora se iba embarrando más. Sus sandalias estaban llenas de tierra y cada huella que dejaba era una masa de lodo viscoso. En el medio del piso había una rejilla de desagüe, que recogía toda esa agua turbia y hedionda llena de coágulos. Una parte del agua se estancaba por los filos generando más pestilencia aún.

¡Niña Sarita!, gritó el mayordomo de la hacienda, es hora de su medicación diaria. José traía un vaso de agua y una pastilla.

¿Cómo le va, Juanita? ¿Cuántos pollos ha matado hoy? No muchos, José. ¿Qué pastilla es esa? agregó.

Una que toma, todos los días, a la misma hora. Sarita es extraña, le comentó el mayordomo a la oreja.

La niña no habrá estado mirando ¿verdad, Juanita?

No se preocupe, José, acaba de aparecer por aquí.

La mujer que descansaba del holocausto avícola, se preocupaba por la mentalidad de la niña orate.

Sara se encontraba nuevamente dentro de la casa de la gran hacienda, sentada en el comedor. La mesa lucía perfecta. Los cubiertos de plata, las copas, los vasos de cristal Bohemia y la hermosa vajilla de porcelana checa evidenciaban un gusto exquisito. La gran mesa cuadrada hecha en roble y cuero curtido estaba cubierta por un mantel blanco de seda y finos encajes y bordados. Sara no dejaba de pensar en qué momento ella mataría pollos en un mercado.

¿Sarita, te ha gustado la hacienda?, le preguntó el anfitrión.

Seguro me vuelvo una experta asesina, aunque Juanita me tiene miedo y José piensa que sin mi medicación no tengo solución.

Sí. Me ha gustado mucho. Respondió.

Sarita, amorcito, ¿quieres comer puré de papas?

Lo que me gusta más es cortarle esas asquerosas y repelentes patas. Juanita nunca los mutiló. Debí haberla mutilado por insensible.

Sí, mamá, me encanta el puré.

Sarita, ya tienes qué contar de tus vacaciones, se esmeraba su padre.

No me había puesto a pensar en eso. Y ahora podré dibujar a los pollos con sangre y contaré la historia más espeluznante de la clase. Mi pobre madre tendrá que ir a conver-

sar con la profesora sobre por qué hago ese tipo de cosas. La sonrisa de la malévola niña se iba dibujando en su cara poco a poco.

Sarita, baja el codo de la mesa, mi amor.

Soy una asesina y me gusta. Pobre mis padres. Ellos querrán llevarme al psicólogo cuando les diga que de grande quiero matar. Todo está en los genes. Nadie me violó, nadie me trató mal. Soy una mala semilla y me gusta exterminar por puro placer. Tengo que maquinar muchas torturas, las cuales espero llevar a cabo lo antes posible.

Ahora, Sara mostraba una perfecta sonrisa y dejó escapar una carcajada sin querer.

Ese verano, Sara asistió a su primer día de colegio. Sólo soñaba con contarle a la profesora cuál había sido uno de los días más felices de sus vacaciones. La sentaron junto a una niñita, pues los pupitres eran de a dos. Tomó asiento, sin importarle quién estaba a su costado.

A las once de la mañana la llamaron de la enfermería para darle su medicación. Luego regresó a la clase. Eso de tomar la pastilla cada cuatro horas la fastidiaba. No veía las horas de que un nuevo medicamento de larga duración apareciera en el mercado.

¿Me prestas tus crayolas? He olvidado las mías, a Sara le costaba trabajo pedir algo.

No quiero, respondió su vecina.

Lo lamentarás, y la pequeña asesina se dirigió a la profesora para que le solucionara el problema.

Al sonar el timbre, todas las alumnas salieron al recreo.

Sara no dudó en seguir al baño a su compañera de pupitre. La niña agradecía estar en una edad en que las profesoras ya no las acompañaban al baño.

¿Por qué has cerrado la puerta del baño? Sonreía la pequeña que no había prestado sus crayolas. Como todo niño que olvida que en un momento anterior fue antipático.

Quiero tu garganta, le contestó Sarita.

Su compañera acababa de lavarse las manos y no entendía nada. Permiso, Sarita, permiso.

Veo que no has entendido nada, le decía a la pobre criaturita.

Quiero irme de aquí, la niña tenía lágrimas en los ojos al percibir la maldad de la trastornada.

No irás a ningún lado.

Sara no dudó en poner en práctica la táctica de Juanita para matar a los pollos, pues llevaba un cuchillo con ella. El baño permaneció cerrado por el espacio de cinco minutos. Sara abrió la puerta tras lavarse las manos y se encaminó al salón, pensando qué suave había sido aquella garganta, qué frágil yugular. Tomó asiento en su carpeta y utilizó las crayolas de su amiga, pues sabía que ya no las necesitaría.

En ese preciso momento, Sara fue una niña feliz.

Pobre Lolita

LOLITA ESTABA DEPRIMIDA PORQUE SU PROFESOR de *spinning* había faltado. El gimnasio estaba lleno de *gays*.

¿Amorcito? Ya llegué.

Pasa, cariño, ¿qué me has traído?

Una lasagna de pesto y tomate confitado. Mi esposa se fue al gimnasio.

Que bien, esa Lolita es muy empalagosa. Yo cancelé mis clases esta mañana.

Mientras calentaban la lasagna en el microondas, Frank y Michael no dejaban de besarse y hacerse caricias.

Te has olvidado de dejarme plata para cancelar el teléfono y la luz, le recordaba Michael a su amado, mientras picaba algunas endibias y arúgulas para la ensalada. Enseguida, posó el cuchillo sobre el blanco mármol y comenzó con un cuestionario.

Hasta ahora no entiendo ¿por qué te casaste con esa cojuda? Preguntaba el profesor de *spinning* indignado.

Por varias razones.

Te escucho.

He integrado el coro del colegio, nunca me ha gustado el fútbol y soy apegado a mi madre.

Osea, eres un cabrito de mierda, le reafirmaba Michael.
Sí, soy un cabro no asumido. Por eso necesito una pantal-
talla.

Tomaron asiento para almorzar. Frank aliñaba su ensalada mientras continuaba con la tertulia.

Soy hijo único, estudié en un colegio británico, terminé mi carrera en una de las mejores universidades de la ciudad, hice mi posgrado en Harvard.

Michael lo ayudó, sin dejar de mencionar: que tu viejo te puso un negocio. ¿Por qué no les informas que eres homosexual y te dejas de tanta mentira?

No puedo, ni lo haré. Prefiero engañar a Lolita.

Pero si a ti te gusta la verga, le recordaba el profesor mientras cortaba con sus dientes la elástica mozzarella. Esta lasagna está riquísima, agregó.

Siempre les decía a mis padres que no encontraba a la mujer perfecta y ellos me creían. Michael soltó una risotada.

Ese es el viejo truco de todos los cabros que no salen del closet.

Sí, pero no podía alargar el cuento y al final no me fue difícil encontrar a la presa perfecta: una mujer escasa en neuronas.

Aló, ¿Lolita? Voy a llegar tarde.

Qué pena, ¿otra vez?

Tengo mucho trabajo, la lengua de Michael no dejaba de moverse dentro de la oreja de Frank.

Bueno, amor, iré donde mi madre, le respondía resignada.

Michael iba sobándole el culo a su semental. Ya estaba excitado.

Después de colgar el teléfono, Frank respiró tranquilo. ¿Qué te parece si nos tomamos un buen vino? ¿Podrías descorchar un tinto?

Frank sabía que esa tarde le destrozaría el ano a su atlética pareja y se echaría unos buenos *polvos*.

Pasaron los días sin que Lolita dejara de faltar al gimnasio y vomitara la poca comida que ingería.

Hola, Michael. Has estado faltando, le reprochaba Lolita a su idolatrado maestro, mientras éste evaluaba la textura de sus mallas.

Ay, Lolita, si supieras, le repondría sintiendo lástima por la huesuda.

Michael conversaba con sus alumnos y les explicaba la rutina que se llevaría a cabo. Pensaba en lo mucho que le dolía el ano y si podría dictar clases sin dolor. Definitivamente, el pene de Frank es riquísimo, pensaba mientras hablaba. No sabes lo que te pierdes, pobre Lolita, casi le dijo.

Después de una hora de rutina, en la que Lolita sólo pensaba en cuántas calorías quemaba para que Frank la tocara y Michael sólo añoraba volver a ser penetrado, todos cesaron el ajetreo dando por finalizada la clase.

Michael, me gustaría invitarte esta noche al restaurante de mi marido.

Gracias, Lolita, qué amable. A propósito, ¿de dónde son tus mallas? Me gusta la lycra.

Frank y Lolita lucieron mejor que nunca esa noche. Ambos, se encontraban en la entrada del restaurante recibiendo a la clientela. Se miraban y sonreían. Lolita no dejaba de mirarse en los espejos del restaurante y dar la bienvenida

a los comensales al igual que su marido. Frank daba gracias a Dios por haber encontrado una tarada con quien casarse.

Entre la selecta clientela llegó el profesor.

Hola, Michael, te presento a Frank, mi esposo.

Lolita me ha hablado mucho de ti. Sus miradas desbordaban pasión. Lolita era la única que no se percataba del idilio amoroso entre su marido y el profesor.

Tomaron asiento. ¡Qué escena tan linda! Un cabro deportivo roba maridos con un joven guapo que no salía del closet, y para animar la escena una lisiada de neuronas tocando el violín, todo esto alumbrado por un par de velas.

¿Cuántos kilos crees que he bajado Michael? Lolita lo interrumpía de su enfrascada conversación con Frank.

Varios, le contestaba de reojo, pero sigue haciendo dieta hasta que desaparezcas. El paladar del sádico profesor saboreaba un delicioso *magret de canard* en especias de la india.

¡Qué rico *coq au vin*, Frank! ¿Me invitas? Ambos homosexuales intercambiaban sus alimentos con un mismo tenedor. Ya no les interesaba disimular. Lolita comía tres lechugas con limón.

¿Crees que debo cambiar de dieta, Michael?

Creo que debes cambiar de cerebro, pensaba el bien amado instructor.

Yo creo que deberías seguir vomitando lo que comes.

Ambos gourmets comían. También, bebían vino, que el somelier les había traído de la cava. Posteriormente, degustaron de un solo plato, un delicioso pie de uvas borgoña con helado de vainilla francesa y jugueteaban con sus piernas bajo

el mantel. La feliz pareja finalizó su cena con una copita de Cointreau para bajar la comida.

Lolita atendía a la clientela del restaurante y les sugería los platos más exquisitos.

Estoy arrecho. ¿Quieres acompañarme al baño?

Frank siguió disimuladamente a su amante.

Después de unos besos apasionados, Michael se bajó el pantalón y se agachó para que Frank lo penetrara.

Esta vez, quiero que me la metas tú, le propuso Frank.

¿Estás seguro de lo que dices? Eres virgen y yo tengo una verga inmensa. Puedo desgarrarte.

Michael tomó el jabón líquido del tocador y lo introdujo como si se tratara de una crema lubricante.

Me arde, carajo, se quejaba Frank.

Pero, mi amor, no hay otra cosa con que dilatar más tu asterisco.

Frank se puso en cuatro y Michael lo comenzó a sodomizar.

Qué rico, Michael, suspiraba el ex virgen.

Las pompas de jabón revoloteaban por todo el baño; los pedos de Frank eran potentes.

Amorcito, si sigues pedorreándote nos llenaremos de burbujillas.

Es que no me puedo controlar, siento como si me introdujeran un supositorio enorme. Poco a poco, el ano de Frank comenzó a ceder y éste, al mismo tiempo, supo mezclar el placer con dolor.

La expresión de Frank había cambiado. Recostado feliz sobre el retrete no quería que la sesión terminara.

El sodomita de Michael, en su afán de inculcarle nuevos placeres, no dudó en sacar su pene y meterle el puño. Luego,

arrimó su puño derecho y metió el izquierdo, pensando en lo fácil que se le dilataba el ano a su prometido.

Tienes que lavarte el culo, le recriminaba Michael al sacar sus manos y verlas sucias. Echemos más jabón.

No hables y sigue por favor, rogaba el prolapsado.

La sangre fluía y fluía. Michael se entusiasmó tanto que cogió todos los jabones en forma de cisne celeste que adornaban el baño y comenzó a introducirlos uno a uno, desafiando a Frank para que los escupa por el poto.

El culo de Frank se había convertido en un insaciable succionador y Michael comenzó a meterle todo lo que encontraba en el baño. Ya no había qué introducir en ese gigantesco cráter. Luego, Michael se sacó un zapato y comenzó a golpear las nalgas de Frank. Entonces, prosiguió a introducir la suela del zapato hasta que lo metió completamente. Al ver que uno de sus zapatos había sido succionado, no dudó en sacarse el otro y así comenzó a rebuscar en su bolsillo del pantalón y la casaca para ver qué encontraba. Le parecía una faena ingeniosa. Las hemorroides de Frank se habían descolgado por primera vez. El sádico instructor disfrutaba arrancando cada uno de esos racimos con sus dientes. Al no saber qué hacer con esos pedazos de carne con forma de uva, se los metía al culo para deshacerse de ellos. La sangre chorreaba y Michael se vino en la inmensa cavidad.

De pronto, fueron interrumpidos por un ruido. Michael se había olvidado de poner llave a la puerta. Era Lolita.

Aquella visión que Lolita presenciaba fue peor que tener un muñón por brazo.

Lolita, ¿podrías tocar antes de entrar? Michael la reprendió.

¿Tú y Frank? Preguntó la anoréxica en *shock*.

Así es, Lolita.

De pronto, la esposa y el amante fueron interrumpidos por un ruido que los ensordeció. Frank, quien en ese momento se encontraba en cuatro, se tiró un pedo. De aquel hueco, cual mega tsunami, salieron disparados pedazos de glicerina derretida, otrora lindos cisnes, un llavero en forma de pelota musical que golpeó a Michael en la cabeza. Lolita no tenía palabras, nunca las tuvo. Quedó turulata al ver todo lo inamovible que escupía el culo de su esposo. Las toallas salían disparadas entre zapatos y un aerosol de flores del campo que azotaron la cara de la decerebrada. Toda esta piñata salía manchada de sangre, mezclada con hemorroides y excremento. Michael no dudó en recoger del suelo las monedas que había insertado minutos antes, aparte de un celular.

Resignada, la mujer del penetrado cerró la puerta y se dirigió hacia la barra.

Disculpa Lolita, ¿podemos tomarte una foto justo ahí? El fotógrafo principal de una famosa revista de gastronomía la abordó y agregó: Es para la portada de este mes.

Lolita miró a la cámara y antes de que el mayordomo pudiera alcanzarle su habitual vaso de agua: Al diablo con la dieta, se dijo, mejor sírvame un Whisky.

Luego, posó y sonrió.

Sexo mediterráneo

ABURRIDA DE ESCUCHAR LOS ELOGIOS e innumerables virtudes del finado, Sara se puso de pie en pleno responso:

Ese hombre ha sido mi amante, dijo pausada mientras señalaba con su dedo índice el ataúd. Si algo bueno ha hecho en vida, agregó, ha sido penetrarme incansablemente.

La viuda se desmayó. Sara arrancó una orquídea de un lindo arreglo floral que sujetaba la madre del muerto. Luego de mirar a todos con lástima, se tiró un pedo y abandonó el cementerio, no sin antes arrojarle aquella flor púrpura a su ex semental.

Sara se encontraba deambulando en un prestigioso instituto de cocina mediterránea. Este podría ser un buen lugar para conocer a un nuevo amante. Había pasado un mes desde que Sara se había despedido de su último amor prohibido. Ansiaba los velorios y los entierros. Sentía morbo al ver cómo los familiares del finado sufrían el deceso de un ser que había sido su amante.

¿Dónde queda la clase del *Chef* Toulone?, le preguntó a un alumno.

En el segundo piso, contestó.

Al cruzar el umbral, sus ojos se desviaron hacia el profesor. Era francés, llevaba aro matrimonial y tenía unos pies enormes. Sara no dudaría en acostarse con él. Ya habían empezado a preparar un postre.

Tu es en retard, le replicó su futuro amante, *mais tu peux partager la poêle avec l'étudiant qui se trouve au dernier rang*.

Sara recogió sus recetas sin dejar de mirar fijamente al *chef* y se encaminó hacia el final del salón.

Todos los alumnos estaban vestidos de blanco y trabajando en parejas, salvo al que le habían asignado.

Me toca cocinar contigo, le dijo al muchacho que ya estaba derritiendo mantequilla en una sartén.

Este la miró. Hola, soy Manfred, le dijo. Hemos empezado hace veinte minutos.

Tu cara me parece conocida, le dijo Sara.

Será porque hace un mes nos vimos en un entierro y me pediste una menta.

¿Conocías a mi amante?

Era mi primo. El discurso que diste en el cementerio me encantó.

La mantequilla se está quemando, bájale el fuego y agrega el azúcar, intervino la viuda.

Perdón ¿cómo te llamabas?

Aún me llamo Sara.

Maintenant, vous devez mettre les morceaux de pommes sur le miel. Los ojos de Sara no perdían de vista al *chef*.

Te gusta el profesor, ¿no?

Las manos de Sara cortaban con rapidez las manzanas y no respondía a la pregunta.

Veo que eres diestra con el cuchillo.

Me gusta picar y cortar de todo, mira cómo me corto el dedo.

Manfred no perdía de vista la sartén y las gotas de sangre que se iban mezclando con el relleno del pastel de manzanas.

¡Qué interesante eres! Y ¿qué te gustaba de mi primo? Se dejaba hacer de todo.

¿Qué le hacías?

Bueno, él era muy ecológico. Le metía todo tipo de verduras. Si quieres voy echando la canela y el clavo de olor.

Continúa, por favor.

Le metía el escobillón del water mientras se la chupaba.

¿Y te tragabas su semen?

Eso es cosa de niños, querido Manfred. Nos defecábamos mutuamente.

¿Mutuamente?

Eramos muy democráticos. Ya puedes verter las manzanas sobre la masa.

Sara probaba la preparación con su índice, lamiendo sensualmente todo residuo. Sabía que el profesor la estaba mirando.

Con el tiempo, las clases se hicieron más entretenidas.

Aujourd'hui, nous préparerons une sole au gruyère.

El *chef* esbozaba una sonrisa de placer mientras observaba a su doncella aprendiz.

Odio que mi mano apeste a pescado, Manfred.

Despreocúpate, yo lo salpimento.

Te cuento que ayer Monsieur Toulone quizo que lo azotara después de una faena en la cama.

Al menos no tuviste que forzarlo. ¿Podrías picar el poro?

Pero luego me preguntó si en mi cocina habían tomates. Al asentir, me hizo bajar, para luego subirle todos los tomates que pudiera encontrar. Sacó del bolsillo de su pantalón una cuerda de nylon y me ayudó a ensartarlos como si se tratara de un collar de mostacillas.

Manfred, acuérdate de que el pescado lleva una taza de vino.

Gracias, Sarita. Y luego ¿qué pasó?

Puse música hindú a pedido del *monsieur* y procedí a meter tomate por tomate, mientras él se encontraba boca abajo sobre la cama. Como los había pelado antes de ensartarlos, algunos se iban aplastando a medida que los introducía en su ano.

¿Lo tenía dilatado?

Pues claro, ya le había metido el escobillón. Luego, me dijo que tirara de la pita y toda esa crema roja mezclada con mojón terminó en mi cara. La cara de Sara se había transformado.

¿Y?

El infeliz franchute se rió como loco diciéndome que era una broma. Claro que yo reía con él. Las manos de la humillada estrujaban con ira su mandil.

Pour la prochaine classe vous devrez faire un plat inventé par vous. Je goûterai à chaque plat.

Ambos sonrieron perversamente, con la idea de inventar un plato.

El cuerpo de *Monsieur* Toulone lucía espléndido. En el velorio, Sara sólo podía pensar en quién le recorrería a partir de ese momento, el cuerpo con *soufflé* de moras, quien le lamería la espalda con *coulis* de frambuesas y a quien le chuparía el falo con salsa bernesa. Ya no tendría a quién amenazar con flambearle el pene con Cognac. No siempre se encontraba un amante que fuera *chef* y una alumna gourmet.

Disculpa que te interrumpa.

Dime, Manfred.

¿Ya viste por última vez el cuerpo del *monsieur*?

Aún no.

¿Ya humillaste a su esposa?

Todavía no.

¿Y qué esperas?

Sara se acercó al ataúd para ver el rostro de su amante. Luego, Manfred la tomó del brazo y la acompañó hacia donde se encontraba la viuda. Esta tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Mes sincères condoléances, le dijo y tras estas palabras, Sarita puso en sus manos un sobre.

Ambos amigos disfrutaban de una rica cerveza helada en vez de un caluroso entierro.

Disculpa la curiosidad, Sara, pero ¿qué había en ese sobre?

Fotos de su marido y mías. Ambos estamos desnudos preparando trufas de chocolate.

Se te ha vuelto un *hobby* esto de enviudar ¿no?

Me encanta. La vida es tan débil y el cianuro en las tulipas de limón, un éxito.

Un plato de fideos

VAYA, POR FIN CONOCERÉ a la famosa Fedora.

Es necesario que la conozcas, para que la odies y te burles aún más, respondió Manfred sonriente.

La cara de Sara se fue desfigurando al llegar a la puerta. No podía creerlo. Ante ella tenía una especie de circo infantiloides en donde bailaban duendes dormilones, hadas bondadosas, ogros rebalsando ternura, frágiles mariposas, florcitas sonrientes y todo tipo de bicho relacionado con la fantasía. El odio que podía sentir por esa mujer se iba acrecentando. Mientras Manfred encendía un cigarrillo bajo la enredadera con duendecillos iluminados y gnomos vestidos con sus típicos sastrecitos multicolores, Sara intentaba infructuosamente encontrar el timbre. Manfred le dio una bocanada final al cigarrillo y le mostró una carroza de cristal en miniatura cuyos caballitos tenía que acariciar. Dichas caricias activaban un complejísimo sistema que tenía como finalidad dar movimiento a un par de girasoles con piernas y brazos, los cuales golpeaban con unas varillas, unos cascabeles que se encontraban dentro de una jaula de madera.

Eso era el timbre.

De pronto, el tímpano de Sara se vio agredido por un inusual estímulo sonoro. Era la vejación de un canto. Una

patética vocecita trataba de imitar una candorosa melodía infantil, pero más parecía la violación de una flauta. Era pecado para los oídos.

Fedora, te presento a Sara.

La vieja dejó de cantar y después de un aparatoso saludo, los hizo pasar con mucha amabilidad. Sara creyó que lo había visto todo, pero aún había más. Colgando de los árboles y techo de la casa se encontraban unos duendes hechos en cerámica rodeados de luciérnagas y laboriosas abejitas. El jardín estaba impregnado de honguitos en colores pastel con cintas en sus troncos. Sobre los mismos, pequeñas estatuillas de duendes en metal repujado. Todas las paredes habían sido pintadas con resplandecientes hadas, graciosos escarabajos, tiernos saltamontes y encantadoras cigarras. Un surrealismo inconcebible. Lo imperdonable era que Fedora saludaba a todo ser inanimado. Sólo estaban animados en su mente. Sara tenía arcadas de ver a la anciana regocijarse. Quería borrar aquella sonrisa de sus labios.

Manfred, siento náuseas, y posaba su mano en el hombro de su amigo.

Yo que tú, vomito, Sarita.

Trataré de mirar al suelo, le respondió aliviada. Al bajar su cabeza para no ser acosada por tanta fantasía, Sara casi pierde la razón.

Cada mosaico había sido creado con una empalagosa carita en el centro. Sara no pudo más y vomitó de rabia. Luego se sintió dichosa de llenar de bilis el piso.

Una vez dentro del taller, Sara pudo apreciar a Fedora bajo la luz blanca, la que la pobre artesana necesitaba para

ver, porque ya se estaba quedando ciega. Era una señora de unos sesenta y tantos años que lucía agotada. Manfred le había contado a su entrañable amiga que Fedora pernoctaba cosiendo disfraces a sus muñecos. Ella les organizaba fiestas dentro de su taller y bailaba con ellos, pues no los podía llevar a la calle. Les hablaba mientras pegaba alguna lentejuela o cosía algún botón. Le encantaba que todos los seres inanimados de su jardín lucieran las ropitas que ella les hacía con mucho esfuerzo. La vieja se entretenía más elaborando las pequeñísimas botitas para sus muñecos. Así, agotaba la poca vista que le quedaba. Se aferraba a cualquier joven de cualquier sexo, con la excusa de darle clases de cerámica y hacer de ellos grandes artistas. A su avanzada edad, ella aún quería ser adolescente y jugar a la ronda con sus duendecillos de cerámica. Vestía como una gnoma y trataba de camuflar el grotesco cuerpo con mallas negras que pudieran adelgazarla y un polo inmenso que le llegaba al muslo. Tenía un par de botitas rojas de gamuza hasta la pantorrilla haciendo alusión a alguno de sus muñecos. Tenía estrafalarios colgajos en el cuello y sortijas de cuarzo en todos los dedos de la mano. Decía que daban buena suerte y alejaba a las malas personas. Al parecer, a ella no la habían ayudado en nada. Y coronando su vestimenta, un sombrerito verde con plumas de colibrí.

Los ojos de Sara se desviaron súbitamente. Algo contrastaba con el panorama.

¿De quién es esa motocicleta?

De un maldito, respondió la anciana.

¿Quién es su dueño?

Mi hijo.

Sara observaba cómo Manfred y Fedora trabajaban las cerámicas por las cuales la infantiloide se había hecho famosa.

¿Hace cuánto se conocen Manfred y tú? preguntó la senil.

Hace mucho. Aprendimos a cocinar juntos. Es más, me gustaría prepararte una *delicatesse*.

La vieja esbozó una sonrisa de aprobación.

Manfred las interrumpió:

Sarita, ¿podrías ir a lavar estos pinceles, por favor?

Sara salió del taller e ingresó a la casa. Al entrar en la cocina vio de espaldas a un hombre. Se encontraba vaciando fideos en una olla de agua hirviendo.

¿Interrumpo?

No. ¿Quién eres?

Me llamo Sara.

¿Sara qué?

Sólo Sara y lo miraba de arriba abajo.

¿Eres una tarada o alguna lesbiana?

Ninguna de las dos, Sara se detuvo en aquel escultural cuerpo. Le pareció un hombre precioso.

Utilizas a la patética de mi vieja, seguro, pues cree que absorbe la energía de los jóvenes.

Es la primera vez que vengo. Mi energía no la absorbe nadie.

Sara tomó asiento en la mesa mientras se imaginaba azotándolo desnudo encima de la moto.

¿Cómo te llamas?

Rómulo. Rómulo a secas y sonrió

¿Por qué te odia tu madre?

Mi vieja es una loca que se obsesiona con cualquiera que le hable. Como sus esculturas no lo hacen. Piensa que quiero evitar que tenga amigos. No se da cuenta de que la utilizan. Le hacen compañía siempre a cambio de algo. Tampoco tiene amigos de su edad. Obviamente, no creen en fantasías estúpidas.

¿Está enamorada de Manfred?

De todo joven menor de veintiséis.

Sara le ayudó a voltear los fideos en un colador. El vapor calentó ambos rostros.

¿Quieres que te prepare una salsa de hongos especial?, sugirió la gourmet.

No, gracias. Me gustan con mantequilla y sal.

Sara repudiaba su simple paladar.

¿Te apetece? le preguntó el hombre, sin dejar de mirar sus ojos.

No tengo ese tipo de hambre.

Rómulo devoraba su plato y a Sara le excitaba la grasa en las comisuras de sus labios. Antes de que Rómulo pudiera limpiarse para beber un sorbo de agua, Sara lo besó febrilmente y arrió torpemente el plato de fideos. Luego, se echó boca arriba sobre la mesa de madera. Mirándolo, frotó su pie derecho contra el pene de Rómulo. Este desabotonó la bragueta con el pie de Sara y luego no tuvo dificultades. Sin perder el tiempo, y seguro de los deseos de la frenética *chef*, se abalanzó como un animal. Separando bien sus piernas y arremetiendo con todo su cuerpo en un vaivén, la penetró sin contemplaciones.

Alcánzame la sal.

Rómulo le alcanzó el salero sin sacar el pene de la vagina. Sara espolvoreó un poco sobre su clítoris y pubis. Rómulo, quien la tenía sujeta de los muslos y listo para eyacular, no hacía caso a ese tipo excentricidades. Poco antes de que la leche emanara, Sara se zafó con ayuda de sus piernas y cogió el plato de fideos a medio comenzar.

Quiero que te vengas en este plato.

Rómulo obedeció y luego se lavó en el caño.

¿Podrías lavar estos pinceles de paso?

Sara colocó más fideos encima y mezcló tanpreciado ingrediente.

Fedora ayudaba a Manfred a pintar un duende saltarín hecho en cerámica. Al ver Manfred la cara de su impredecible amiga, sonrió con malicia.

Fedora, te preparé este plato con mucho cariño.

Qué linda amiga tienes, Manfred.

Ahora tendrás tiempo para contarme por qué odias a Rómulo.

Claro, le dijo la anciana devorando el semen de su hijo.

Carne de duende

PARA QUE LA SEXAGENARIA DEJARA DE GRITAR, le metieron en la boca su sombrerito verde con plumas de colibrí.

¿Qué te parece si ponemos música y bailamos, Sara?

Genial, pero bailemos sobre sus manos.

Entonces, ambos comenzaron a hundir sus zapatos sobre las ajadas manitas de la artista que había sido inmovilizada con alambre de púas.

Ya nunca más podrás crear esas esculturitas, le gritaba Sara mientras chancaba los regordetes dedos.

¿Manfred, te provoca un cafecito?

Y así, abandonaron la improvisada pista de baile.

Sara hervía agua, mientras charlaban amenamente sobre el próximo festival de cocina.

¿Qué preparará tu hermano esta vez, Sara?

No tengo idea con qué plato nos sorprenderá, pero nos mandó estos emparedados el día de hoy.

Ambos degustaron un suave pan brioche con queso Manchego y pastrami. Sara recorría con su lengua la pimienta del fiambre.

¿Te das cuenta de que la gente está loca?

Más que nosotros, Sarita. Ya no estamos para creer en duendes y hadas.

Volvieron al cuarto.

La vieja seguía tirada en el suelo. Sara eructaba con placer.

Nunca debimos desvestirla, Manfred. No me gusta su cuerpo.

Pero tú dijiste que con ropa los azotes le dolerían menos.

Por lo menos ponle de nuevo sus botitas rojas que son horrorosas, sugirió Sara. Luego, de su cartera de charol modelo de los años cincuenta extrajo un látigo de cuero cuyas extremidades sujetaban duendecillos en metal repujado.

Qué lindos duendes Sarita, ¿tú los hiciste?

Estás loco, los robé de su jardín. Estaban sobre unos hongos ridículos. Y comenzó a azotarla sin piedad. El metal iba desgarrando la carne al contacto. La sangre, ensuciaba el piso poco a poco.

Manfred, ahora es tu turno.

Todavía, Sarita. Te faltan seis más. Recuerda que la señora tiene sesenta y cuatro años. En el azote sesentitrés, Sara fue interrumpida por los impertinentes cascabeles.

Apagaron la música tailandesa que habían puesto de fondo y la mujer del látigo fue a abrir la puerta. Era su frágil hermano Damián acompañado del Mastín Napolitano, que ella le había regalado para evitar que lo agredieran en la calle.

La cocina esta al final del pasillo, le mostró su hermana con un ademán de su cabeza.

Sara regresó pensando en la estúpida carroza con caballitos y encontró a Manfred orinando sobre las botitas rojas de la afamada artista. Decidió que ya era hora de sacarle la mordaza. Sara arrancó violentamente el sombrerito verde

con plumas de colibrí y Eva se sintió aliviada por la supuesta compasión; sin embargo, nunca les perdonaría la masacre de sus manos y mientras pensaba en cómo demandarlos. Manfred le sujetó fuertemente la cara.

Abre la boca grande, le ordenaba Sara.

La horrorizada anciana trataba de negarse pero con una tenaza de carne, Sara sujetó la lengua e intentó cortarla con un cuchillo que su compañero le había entregado.

Manfred ¿no pudiste encontrar un cuchillo más filoso?

Me asombra que preguntes eso. ¿No te das cuenta de que con un cuchillo sin filo y oxidado sufrirá más?

Ahora eres muda, repuso Sara, sujetando la lengua con la gran tenaza. Ambos amigos rieron mucho.

En ese momento, Damián tocó a la puerta y pasó con un azafate en el que llevaba un par de copas con jerez. El mayordomo miraba de soslayo la execrable escena. Su perro lo seguía detrás.

Me retiro para comenzar a cocinar las *crêpes* de..., pero antes de que el fiel *chef* abandonara la habitación, su hermana gritó:

¡Perro infame! Te comiste la lengua de la obsoleta.

Pero Bobby no sa..., e interrumpido una vez más:

No te das cuenta de que iba a introducísela por el ano para que degustara su propia miseria. Retírate y límitate a la cocina.

No te calmes, Sarita, aprovecha tu furia y sorpréndeme con estas tijeras.

Tienes razón. Y volviéndose sobre la vieja, le dijo:

Así que creías en duendes ¿no? mientras le cortaba el adiposo vientre.

A ver pues, que te vengan a salvar las haditas y tus ogros. Sara cortaba lindos girasoles con la flácida piel del abdomen.

Esta piel está llena de tejido adiposo. No me salen bien los pétalos. Intentaré hacer escarabajos con tus labios vaginales.

La anciana se retorció de dolor, pero muda, al ver que su cuerpo era cortado como papel de origami haciendo alusión a su mundo de fantasía. Luego comenzó a convulsionar.

Boby no había seguido a su amo, y no se arrepintió, pues del cielo le caía comida. Sara le iba lanzando por el aire girasoles y escarabajos de carne humana. El mastín hacía piruetas y los atrapaba en el aire.

Manfred aplaudía. Ahora tírale una mariposa, agregaba.

Los camarones iban adquiriendo un color anaranjado en tanto se freían con la mantequilla. Damián silbaba y rallaba queso para rociarlo sobre las *crêpes*. La puerta de la cocina se abrió y entraron ambos orates.

Que pena que no había mucha sal. Yo quería cauterizar todos los cortes.

Es una lástima no poderla llevar al éxtasis del sufrimiento, Sarita.

Mientras el *chef* servía sobre una vajilla italiana color azul marino, su hermana comentaba:

Ese perro tiene demasiada hambre. Cuando le saqué los ojos a la vieja, ayudada por mis pulgares, me puse a jugar con Bobby. La idea era que yo le tirara las obsoletas esferas y que él me las retornara, pero se las tragó.

Manfred, gozaba con los colores del plato y la comida.

Era un arte ver la *crêpe* y rociarla con aquella salsa coral y queso gruyère derretido encima.

Damián se precipitó a descorchar una botella de vino blanco que había puesto en una cubeta de plaqué con hielos.

Después de media hora, Sara posó categórica su copa sobre la mesa:

Tengo miedo de que se muera.

Entonces vamos a continuar con el trabajo, pero espera a que remoje mi pan en esta deliciosa salsa, le dijo Manfred.

Luego de un buen almuerzo, ambos amigos maquinaban cómo seguir torturando a la artista. Damián llegó con unas cerezas flambeadas con helado de vainilla. Se había olvidado de ofrecerles el postre. Al ver a la respetable señora en grave estado, sintió un malestar estomacal y descargó sus entrañas sobre la vagina de la anciana, ahora, ausente de labios. El postre salió volando y un par de cerezas embocaron justamente en los deshabitados orificios oculares.

¡Maldición! ¡El postre!, gritó Sara.

Boby procedió a lamer el vómito de su sensible amo. La artista se erotizó al sentir que alguien se interesaba en su decadente entrepierna. Un súbito reflejo hizo que la anciana golpeará el estómago del animal. El mastín defecó el rostro de la excitada mujer quien, al no poder deshacerse de las ingentes cantidades del blando excremento canino que le llenaban la boca y los orificios nasales, se ahogó.

Pobre Boby, está mal del estómago, dijo Manfred.

¡La maldita murió antes que pudiera acabar con su nefasta vida! Y mientras Sara golpeaba su cabeza contra la pared, se quejaba:

Tenía tantas torturas por llevar a cabo.

No te preocupes, Sarita, podremos repetir la humorada. Damián había quedado en completo silencio. Luego, ambos asesinos dejaron la casona y se despidieron del cocinero. Bobby se quedó defecando todos los hongos del jardín.

A las dos semanas, Damián ganó el primer puesto del festival internacional de cocina con una receta cuyo ingrediente principal era un secreto.

Ante la incesante pregunta de la prensa por saber qué había cocinado, el *chef* se limitó a responder:

Carne de duende.

Carita de porcelana

MIRIAM SE ENCONTRABA EN EL PASILLO DEL AVIÓN, mostrando a los pasajeros cómo utilizar las mascarillas de oxígeno. Estos miraban a la azafata anonadados y no podían prestar atención a las indicaciones.

La cara de Miriam estaba invadida por grandes forúnculos. El primer día de clases, en una academia de aviación, Miriam sintió que todos la observaban. Los comentarios no se harían esperar.

¿Ya viste la cara de esa chica?

Sí, ¡qué asco! No rozaría mi cachete con el suyo.

Aparte de la grasa en su cara, mírale el pelo.

Y es que la cara de Miriam estaba condenada a aquella brillosidad exacerbada.

¿Por qué tendré este maldito acné?, se decía frente al espejo, mientras presionaba con sus dos pulgares las puntas blancas de todas las protuberancias. Toda esa grasa blanca salía disparada como lava de volcán. Luego, escupía su reflejo.

Hija, ¿estás bien?, su madre interrumpía el diario ritual, sabiendo que esas sesiones de limpieza casera ponían a su hija de muy mal humor. Y mientras las yemas de los dedos de

Miriam se impregnaban de ese hedor putrefacto, su madre le alcanzaba un pañito húmedo y la aconsejaba:

Te vas a dejar marcas en la cara, hija.

Madre, no seas graciosa.

Miriamcita, no te quejes tanto, al menos no tienes granos en los párpados.

Gran consuelo, mamita.

Reventar forúnculos, era para la mutante, un placer, puesto que a falta de sexo, la pus que brotaba de sus granos la excitaba.

Su estética facial no fue un impedimento para que Miriam se graduara con honores y fuera recomendada a una buena aerolínea. Así sucedió. Ingresó a una prestigiosa compañía americana. Trabajó sin tregua. Tomaba los turnos de sus compañeros, compraba ropa a buen precio en Miami y la revendía a todas sus amigas que no podían viajar. Su única obsesión era la de ahorrar y ahorrar para que una cirugía pudiera brindarle, finalmente, un cutis terso. Siempre había soñado con tener una carita de porcelana.

Las paredes de la salita de espera del doctor Wendel, se encontraban repletas de diplomas, las cuales ahogaban a los clientes con toda la sapiencia que tenía este reconocido médico.

Yo que pensé que tenía acné, una joven se consolaba al ver a Miriam.

La mujer con acné escondía su rostro bajo un pañuelo y su madre al verla:

Bueno, hija, eres lo más repulsivo que hay en esta sala, pero no te preocupes, pronto tendrás el cutis como poto de bebé.

Madre e hija pasaron a consulta.

Por favor, tome asiento, Miriam.

Doctor, no sabe cómo he esperado este momento.

Me lo imagino, decía el sorprendido cirujano mientras analizaba cada orificio en el rostro, sabiendo que tendría ante sí, una gran cliente.

¿Qué piensa doctor?

El pensaba que podía contratarla para aliviarle la depresión a los otros enfermos, quienes al ver su destrozada cara, se sentirían mejor.

Que todo tiene solución en esta vida, menos la muerte, respondió. Pero necesitamos hacer el *peeling* lo antes posible, acotó asqueado.

En ese momento, Miriam pensó que todos esos años con el corazón desgarrado, por aquel problema hormonal, desaparecerían. No volvería a sentir temor de verse frente a un espejo, no sentiría vergüenza de saludar a la gente y no tendría que oler constantemente el drenaje de aquel líquido putrefacto que emanaba de su rostro con tanta facilidad.

El doctor acompañó a Miriam hasta la puerta y la despidió dándole la mano. ¡Pobre mujer!, se decía, ¿cómo habrá podido vivir todos estos años con esa cara? El doctor Wendel nunca había sentido lástima por nadie, pero el caso de la azafata era realmente grave.

Ese rostro va a necesitar más de tres operaciones, pensaba el futuro carnicero facial.

Miriam pensaba lo feliz que sería viajando a Tailandia, Australia, Bali y otros países exóticos sin acné. Durante muchos años había viajado, pero con la cara destruída. De qué

le servía tener mundo si no tenía hombres. Y recordaba avergonzada.

Qué linda la Tour Eiffel, madre, Miriam respiraba paz.

¡Voyez ça! ¿qu' est-ce qu'elle a dans la visage? ¡Pauvre femme!

Is that your friend, baby? preguntaba un surfer de pelo rubio y cuerpo bronceado.

Yes. I will introduce her to you, contestaba una amiga de vuelo.

Fuck her. She is full of pimples.

Y Miriam se quedaba tirando piedritas al mar mientras sus amigas disfrutaban de los bellos australianos.

Vuoi venire con noi a mangiare un gelato? Unos seductores italianos abordaban a las amigas de Miriam.

Si. Ma non portate la vostra amica. Con quella faccia brutta non potremmo mangiarlo tranquillamente.

A las dos semanas de su operación, Miriam notó una piel rosácea, inclusive hasta con sangre. Debía embadurnarse con cremas protectoras solares pero aún no veía esa suavidad que ella ansiaba, aquella tersura que envidiaba en algunas mujeres y por la que nunca tuvo el placer de ser acariciada. Tampoco la vería. A sus treinta y dos años y después de la lijada de cara (porque de eso se trata el *peeling*), todavía la saludaban y miraban con repulsión.

Después de tantos mirialitros de lociones y *peelings*, Miriam ya no tenía acné. El doctor había terminado con la paciente que había hecho posible que éste terminara de construir su casa en la playa. Ahora, a la pobre Miriam le tocaba costearle algunos lujos a un dermatólogo de renombre. Lo

poco que le quedaba de sus ahorros estaría destinado únicamente a esa infructuosa causa. La sequedad creada había avejentado su faz aún más. La piel se había comenzado a descascarar.

¿Desea algo de tomar?

Mientras Miriam servía el brebaje, algunas costras comenzaban a caerse sobre el mismo. La gente miraba con asco.

Mamá, mira a esa aeromoza, ¿qué le ha pasado en la cara?

Pobrecilla. No mires así, hijo.

A medida que avanzaba por el pasillo del avión iba dejando secuelas de su rostro. Los viajeros morbosos se entretenían más con su cara que con las películas.

Miriam había sido llamada a las oficinas de recursos humanos.

Lamento tener que darle esta noticia.

¿Qué pasa?, preguntaba mientras limpiaba las costras secas que se caían sobre el escritorio del gerente.

Me han encomendado decirle que sólo trabaja hasta fin de mes.

La expresión de Miriam cambió. Ella había dado todo por la compañía.

Pero ¿por qué? Tenga piedad, mi tratamiento pronto terminará.

Los pasajeros. La imagen. Lo siento.

Mars

A PESAR DEL GRAN TAMAÑO DE SU ESPEJO, éste no podía reflejar su imagen por completo.

Muy temprano, metía sus rechonchos pies dentro de unas pantuflas de conejo rosado para bajar por las escaleras de su casa, que crujían con su pesado descenso.

Apúrate, la arreaba su madre, mientras tomaba asiento en la mesa de la cocina, esperando ser atendida por su hija.

Buenos días, mamita.

Su madre no respondía.

Mars ponía a hervir agua antes de que su progenitora pudiera decirle algo. Luego, se freía media docena de huevos con tocino en abundante aceite, los que acomodaba en panes surtidos. Nunca podía faltar el cereal acompañado de leche con muchas cucharadas de azúcar. La cerda intercalaba dulce con salado.

¿No sería más ordenado que primero comieras los huevos o viceversa? Le sugería su madre.

La grasa en su boca se mezclaba, ahora, con la miel de maple de unas waffers que se había preparado. No contenta con esto, abrió el frigider y sacó avena del día anterior para engullir. Todo esto atravesaba su garganta intentando llenar ese

gigantesco estómago de vaca, ante la mirada seca de su madre, quien sentada al lado de su hija saboreaba un té con edulcorante y leía una revista nutricionista.

No veía el momento en que Mars reventara.

Esta cerda es insaciable, pensaba mientras la observaba asqueada.

Nunca le diría a su hija que empezara una dieta, pues se había dado cuenta que de esa manera la mantenía a su lado, como un hombre que quiere mantener a su único perro, con huesos y carne de res, pero atado al plato en el que se los ofrece.

Esta tarde tengo que ir al doctor, Mars.

Pero justo hoy quería que me...

¿Perdón? ¿Dijiste algo? Mars silenció, bajó la cabeza y siguió tragando.

Por si acaso, esta tarde llega tu nuevo espejo. Compré uno más grande para que puedas observar, por completo, tu decadente obesidad. Su madre a veces soñaba con poder venderla a un circo.

Con la barriga llena, subía al baño donde tomaba una ducha de agua tibia. Con una gran toalla secaba su humanidad y se miraba por partes en el espejo del baño, deteniéndose en sus gelatinosas tetas. Ese cuerpo que a Mars le daba vergüenza mirar, ese cuerpo que estaba deshabitado de caricias, ese cuerpo que nunca había sido tocado por un hombre. Mars deseaba que la tocaran.

Se vistió en silencio.

Contra todo pronóstico, la gorda trabajaba en una empresa de renombre.

Eso si, en su uniforme habían gastado más tela de lo normal.

Mars esto es para ti, la tesorera de la compañía le extendía su primer cheque.

Pero me están descontando y nunca he faltado.

Si, Marcita, pero en el uniforme que te hicieron se hizo un gasto adicional en tela.

Sobre su escritorio, encontraba trabajo y más trabajo. Nunca una flor. El jefe y todos sus asistentes abusaban de la voluminosa mujer. Le delegaban asignaciones que ella no debía hacer. Mars observaba el escritorio de sus demás compañeras. Todos tenían *stickers* de Garfield, tiernos Snoopies y fotos en marcos en las que ella siempre hubiera deseado aparecer. En cambio, sobre su escritorio, sólo encontraba innumerables *post-its* recordándole llamadas telefónicas, informes por entregar y fotos de su madre.

Sus compañeras, todas menores que ella, trabajaban sólo por no aburrirse. Estaban casadas y con hijos, vivían en zonas residenciales, iban al gimnasio, tenían casa en la playa, un perrito labrador dorado y dos hornos microondas en la cocina repleta de macetitas con violetas africanas. Una delicia. Mars deseaba gozar como ellas pero la vida había sido bastante mezquina con la gordita. No sabía dónde era peor, si quedarse en casa o ir la oficina. Pero la cerda era masoquista pues tomaba asiento con todas las regias.

Mars, ¿vas a comer tanta grasa?, deberías servirte ensalada. Mira lo esbelta que me mantengo.

La chancha sumía la barriga, pues el cierre de la falda se le había roto hacía unos minutos. Comenzó comiendo la miga del pan.

Suprime las harinas, le sugirieron las anoréxicas mientras no sabían cómo aliñar su lechuga y su raja de pepino. Sus compañeras no conocían el significado de grasas y carbohidratos. Se hidrataban con agua.

Mars, mastica la comida, al menos. La colosal figura no las miraba y pasaba con avidez.

Tienes que hacer algo con tu cuerpo, le reprochaban.

Si no puedes hacer dieta, vuélvete bulímica y así disfrutas la comida y luego la vomitas.

Mars no perdía tiempo en responder.

Cambiando de tema ¿qué hiciste el sábado, Marsita?

Mi madre me dijo que arreglara su baño, se le descompuso el retrete.

Las risas no se hicieron esperar.

Marsita, ¿tú crees que podrías coleccionar la plata de la despedida de soltera de Valeria?

Claro. Aunque sabía que esa tarea le quitaba tiempo. A Mars sólo le tocaba el vulgar papel de la gorda aniñada que arreglaba el vestido ajeno en la puerta de la iglesia. Jamás sería la novia.

Mars no tenía una vida social activa. Ni siquiera tenía vida.

Esa tarde, al ingresar a su casa, la tenebrosa figura de su madre la esperaba en las escaleras.

Te llamó un tal Juan. ¿Puede saberse quién es?

La cara de Mars no podía esconder su alegría. Esa felicidad la había sentido en otra ocasión, cuando hubo ganado un concurso de glotones a los trece años. Al descubrir su madre esa peculiar dicha, no dudó en destruir a la porcina.

Ha de ser un vendedor de libros.

No, mamá, es un amigo. Lo conozco porque visita a mi jefe.

Seguro quiere que le hagas un favor.

¿Por qué eres tan cruel?

Quiero que seas realista. O estás pensando que quiere salir con semejante monumento. Date cuenta, ¿quién querría salir con una elefanta?

La tierna conversación fue interrumpida por el teléfono.

Aló, Mars, te habla Juan.

La ilusionada bovina estaba nerviosa. ¡Era alguien del sexo opuesto!

Te llamaba para invitarte a salir mañana.

¿De verdad, Juan? Digo,... claro,... como no.

Mars se dirigió rápidamente hacia su escueta recámara. Nada de decoraciones, ni una cómoda con perfumes, ni maquillaje. Su ropero sólo tenía túnicas y chancletas. Comenzó probándose su mejor carpa, pero detrás de ella sintió una magra sombra.

Pierdes tu tiempo, la alentó su sádica madre.

¿Te molesta que me inviten a salir? se atrevió a preguntar.

Me molesta que no te des cuenta lo chancha y antiestética que eres, y peor aún, que creas que alguien pudiera tener algún interés en ti.

Mars bajó la cabeza y al sentirse fastidiada por las llagas en las entrepiernas a causa del constante roce atinó a preguntar:

¿Por casualidad has tomado el talco de mi baño?

¡Talco! ¿quién saldría con alguien que necesita talco para poder caminar?

Al día siguiente, Mars esperaba impaciente desde las seis de la tarde. Su cita era a las nueve de la noche. Se había comido todas las uñas de las manos.

Aló, ¿Mars?, era Juan.

La gordita sujetaba el auricular, nerviosa y sudaba frío pensando que esa llamada sería una disculpa. Por su cabeza pasaron mil hipótesis en milésimas de segundos. Que no pasarían a recogerla, se había arreglado por gusto, se había ilusionado veinticuatro horas, pasaría un sábado más tragando una bolsa de chokolatines, se arrancaría los callos para matar la noche y tendría que soportar las humillaciones de su madre, mientras limpiaba el sarro del retrete.

Mars, estoy en la puerta de tu casa, ¿puedes salir? La chancha suspiró aliviada, aunque hubiera preferido que Juan no sintiera vergüenza de tocar el timbre, pero qué importaba, ella quería estar al lado de un hombre un sábado por la noche.

Juan le abrió la puerta desde adentro del auto.

¿Qué te parece si vamos a dar unas vueltas?

Lo que tú digas, Juan, lo que tú digas.

Mars trataba de bajar la ventana polarizada para que la gente pudiera observarla sentada al lado de un caballero.

¿Podrías hacerme el favor de no bajar la luna? Me siento un poco resfriado.

Después de una hora de dar vueltas, en la que ni siquiera le había dicho lo bonita que estaba dentro de los parámetros de obesidad, Mars comenzó a impacientarse.

¿Vamos a una disco?, propuso la desubicada.

No me gusta bailar.

Entonces, ¿vamos al cine?

No me gusta el cine.

La pobre gorda no dio más ideas. Sabía que serían rechazadas.

Juan manejó hasta la playa y estacionó el carro en la parte más oscura.

¿Me creerías si te dijera que hace tiempo estoy enamorado de ti? Sabía que mentía, pero de solo escuchar esas palabras de su boca, lo perdonaba. Juan bebía ron a secas de una botella que se encontraba bajo su asiento.

Mars enmudeció cuando Juan trató de desabotonar aquella inmensa sábana que usaba como vestido. Sin perder el tiempo, se tiró sobre ella para comenzar a desvestirla. No tenía en mente besarla. Le rasgó el inmenso vestido de flores al tratar infructuosamente de desabotonar unas margaritas de plástico. El hombre trató de mantener la cordura al toparse con una barriga blanca, que se desparramaba sobre unas caderas exuberantes. Todo estaba cubierto de celulitis.

Por favor Juan, no sigas. Ella se avergonzaba de mostrar sus inmensos rollos.

Entonces, el eufórico arrancó el sostén dejando caer dos tetas flácidas hasta el ombligo. Tiró el asiento hacia atrás y vio que Mars cerraba los ojos y sonreía. Era su primera vez.

Mientras Juan frotaba su cuerpo contra la colosal masa y trataba de no vomitarle encima, tuvo que luchar sin tregua para poder encontrar sus genitales. Juan levantaba la piel descolgada que caía por kilos, como mondongo del mercado, buscando por donde meterle su erecto pene. Después de incursionar en tan desastrosa corpulencia durante unos minu-

tos, tuvo que apartar sus rechonchas piernas con sus brazos. Mars sonreía y al mismo tiempo se quejaba, pues era una faena dura para ella. Nunca había hecho ni un volatín. Ya Juan estaba perdiendo la paciencia, cuando se topó con una bulba inmensa que albergaba una minúscula vagina cubierta de talco.

Mars continuaba con los ojos cerrados. Juan escupió en el ridículo orificio y la penetró sin cariño. Ya ni el dolor del desgarrar de su himen podía sacarla de sus pensamientos. En esos precisos momentos, la feliz gorda se sentía poseída por un hombre. Sentía su cuerpo, su colonia, su humor, las gotas del sudor y su pene. Lo sentía tan suyo, pero sabía que no debía enamorarse, a pesar de que éste la había desflorado.

De pronto, un grito la estremeció:

Maldita cerda, has roto la suspensión del asiento.

La soñadora abrió los ojos y se topó con el iracundo rostro de Juan que en esos momentos comenzó a darle de golpes. Las lágrimas de la emperifollada comenzaron a estropearle el maquillaje, ensuciando su rostro. Esto puso más furioso al hombre, pues la veía más fea, motivándolo a darle de puñetes. Todo esto con el pene aún dentro de la vagina.

Carajo, me faltan pagar dos meses del carro, y la penetraba salvajemente para que su erecto falo la lastimara.

Te voy a pasar la factura del asiento, gorda de mierda.

Yo te lo pago, sollozaba Mars, pero no me sigas lastimando.

Al salir a tiempo y ver su enorme pene manchado de sangre virginal terminó a la fuerza en la boca de la agredida. Ella estaba paralizada y por la comisura izquierda de sus la-

bios, el semen de Juan chorreaba. Dentro de todo el dolor y la humillación, su hambre seguía vigente y no dudó en pasar el semen atracado en la garganta mezclado con sus propios fluidos. Juan no se percató del acto famélico, pues estaba ocupado tratando de mantener el equilibrio en el abultado abdomen, para poder mear en el boquiabierto rostro. La agüita amarilla caía tibia sobre la cara de la obesa.

Mars entró a su casa oliendo a berrinche. No hizo bulla. Subió a su habitación con dificultad, pues la patada final que había recibido de su agresor para botarla del auto había herido su cadera, y recordaba con horror: Fuera, chancha de mierda. Todo fue una apuesta.

El domingo entero permaneció encerrada en su habitación. Los golpes en su rostro y cuerpo eran notorios, pero le habían gustado. Disfrutó ingerir el esperma y sentir que su virginidad había sido brutalmente arrebatada. Dentro de todo el dolor, ella se alegraba y recordaba el delicioso horror que había vivido en el carro. Sabía que ese postre nunca más se repetiría, a menos que alguien decidiera poner dinero de por medio, una vez más.

Mars abrió el cajón de la mesa de noche para sacar un paquete de galletas. Fue entonces que vio el regalo que su padre le había hecho antes de morir.

Feliz cumpleaños, Mars.

Gracias, papito, ¿qué es?

Abrelo, hijita.

¿Una pistola?, preguntó la ingenua porcina.

Ahora, Mars se daba cuenta que sus padres la preferían muerta a gorda. Tomó el frío fierro y se dirigió al baño. Ya ni

un paquete de galletas la disuadirían de la firme y fatal decisión. Un fuerte ruido estremeció la casa. Su madre nunca dejó de roncar. El cuerpo de la mujer violada fue encontrado al día siguiente.

Mars, ¿estás con indigestión? Su progenitora le reprochaba mientras empujaba el bulto con la escoba para comprobar si estaba despierta o no. Al ver que había sangre en el piso, se preocupó.

No me hagas esto. Ni siquiera tengo un vestido decente para tu funeral.

La muerte de Mars no le causó tristeza a nadie. Un sentimiento de aburrimiento se apoderó de todos los que se habían burlado de ella. Ya no habría de quién mofarse. Los pocos que asistieron al entierro no lo hicieron por despedir a la corpulenta occisa, sino con la única intención de saciar su curiosidad morbosa o faltar al trabajo.

El inmenso ataúd fue cubierto de tierra y una mustia lápida mostraba el tiempo de vida que a la pobre cerda le tocó vivir. Cuando la madre se quedó sola con su hija escupió sobre la tumba.

¡Maldición, y ahora quién se ocupará de mí!

Ventre de alquiler

FULVIA TENÍA UN MARIDO, UNA CASA LINDA y un carro nuevo. Viajaba tres veces al año y tenía cuatro perros dálmatas.

Un día recibió una llamada de su ginecólogo: Ahora sí, tengo la solución a su problema, le comunicaba el doctor Calenzo. Debes tener fe y plata. Mucha plata.

Fulvia estaba obsesionada por tener un hijo. Soñaba con parir un bebe de cuatro kilos precioso y rollizo, pasearlo en coche, comprarle bañera, juguetes coloridos, decorar su cuarto con cenefa de ositos y colores pastel, dar de lactar hasta los seis meses, guardar la ropita de su hijo recién lavada y planchada y oler las pezuñitas de la criaturita. Aún no perdía la esperanza de que su sueño pudiera realizarse gracias a su eminente médico, pero de alguna manera tenía que llenar aquel vacío.

Deme una caja de esos chocolates rellenos con turrón.

La vendedora siempre tenía a la mujer infértil como cliente.

Mientras probaba un chocolate de la caja fue interrumpida por una compañera de colegio.

¿Fulvia? ¿Cómo has estado?

Bien, respondió. Me casé hace cinco años. Se sentía

orgullosa y mostraba disimuladamente su aro matrimonial, mientras se atragantaba. Fulvia era de esas treintañeras que se sentía segura con un aro de oro y un anillo con brillante de muchos kilates en el anular.

¿Y tú, te casaste?

Yo no. Creo que no encontré al hombre de mi vida, le respondía su amiga, sabiendo que su respuesta era la típica de aquellas solteronas que no habían tenido suerte en el amor.

Ahora, salgo con un hombre de unos cuarenta años soltero, agregó.

Fulvia sabía que seguro se trataba de un cabro que buscaba amistad. También, intuía que la solterona era una arrecha de las que se masturbaban con un *dildo* y aún tenían la esperanza de encontrar, aunque sea, a un hombre que le haga compañía en su vejez. *Gay* o hetero.

¿Cuántos hijos tienes?

Esa era la bomba de tiempo que le tocaba a Fulvia, tras su triunfante entrada.

Todavía no quiero tener hijos.

Y esa, era la respuesta de quienes están intentando tener hijos y se sienten frustrados. Cómo odiaba Fulvia los óvulos de su amiga, pues sabía que a pesar de ser soltera, su esposo la podía dejar preñada.

Fulvia no sabía si era mejor decir que era lesbiana.

Pasaron seis meses. Lo único que hacía Fulvia era mirar con odio a las mujeres embarazadas y sentir ganas de reventarles la barriga con una patada. No podía frecuentar ningún lugar donde llorara una criatura, donde pasearan coches ni donde se escucharan sonajas. La trastornaba encontrarse con

amigas llenas de hijos como si fueran conejos. Se lamentaba de su mala suerte y lloraba.

Durante dos meses no salió de su casa. Entonces decidió que ya era hora de hacer hasta lo inverosímil por tener un hijo.

En el consultorio:

Fulvia, necesitamos un vientre de alquiler. Esta vez no te arrepentirás, le dijo su médico.

La mujer asintió, aunque últimamente, sus tratamientos no habían dado resultado. Su última carta bajo la manga, al parecer, era lo que decía el doctor Calenzo.

El vientre puede ser de cualquier mujer, pero que esté dispuesta a guardar reposo por nueve meses.

Paciente y doctor se despidieron esperanzados en que había una luz al final del túnel.

Las llamadas a sus pocas primas y amigas no se hicieron esperar, pero nadie le quiso hacer el favor.

Primita, soy Fulvia. Necesito un vientre de alquiler.

De ninguna manera, me voy de viaje.

Mari, hablas con Fulvia. ¿podrías alquilarme tu vientre?

Estás loca, ya te presté mis óvulos para que los mezclaran con el semen de tu marido. Ni hablar.

Nadie quiso ayudarla. De pronto, recordó a una persona que no se negaría.

La anciana se encontraba internada en un asilo desde hacía tres años. Era sorda y ciega. Estaba postrada en una cama. Fulvia tenía que ver la manera de robar a la senil incapacitada para llevar a cabo sus planes de gestación.

Hola abuelita, saludó sin efusión, al saber que no sería escuchada.

La anciana era un cadáver en vida. Su figura era esquelética dejaba entrever sus costillas y el pellejo muerto que cubría su cuerpo le daba un color opaco. Parecía un Shar Pei con los músculos entumecidos, postrada en posición fetal. Tenía una mantita del mismo color que la pijama. Sus hundidos ojos y sus negras ojeras le daban la apariencia de un fantasma. Tenía una sonda en la nariz.

Fulvia puso a un lado el balón de oxígeno, para acercarse y poder tocar la textura del vientre. Era lo único que le interesaba. Mientras esbozaba una sonrisa maliciosa acariciaba con su mano el suave pellejo muerto y flácido. Luego, jaló la elástica piel como si se tratara de un chicle. La anciana estaba con los ojos abiertos, pero en el limbo.

Creo que al doctor Calenzo le gustará mi idea, pensaba mientras con la yema de sus dedos seguía palpando la textura del estómago.

¿Quieres ganarte una muy buena propina?

Claro, respondió el joven de limpieza.

¿Puedes ayudarme a sacar a mi abuela?

Antes de que éste respondiera, Fulvia amordazó a su abuela con una media.

Tápala con una sábana, le ordenó al joven. No se vaya a resfriar, agregó. A Fulvia ya nada le importaba.

Luego de asegurarse de que los gritos de su abuela no fueran escuchados, el joven cargó al momificado bulto.

No puedo bajar por las escaleras, señora, me verán las enfermeras.

Tírala por la ventana, le gritó la enloquecida mujer.

El joven obedeció asombrado a la cruel nieta.

La abuelita había caído sobre unos marchitos rosales desde el segundo piso.

No se ha roto ningún hueso, sólo se le han incrustado algunas espinas, repuso Fulvia luego de bajar a ver en qué estado se encontraba la vieja. El hombre cargó el bulto, previamente la volvió a envolver con la sábana y siguió a la maquiavélica al carro.

Métela en la maletera, le ordenó la ladrona de ancianos.

El muchacho fue recompensado. Este sólo rezaba porque sus nietos no lo trataran así en un futuro.

La cita era al mediodía. Llegó a tiempo. Al abrir la maletera no pudo ocultar su cólera:

¡Maldición! Me olvidé del balón de oxígeno.

El plan de Fulvia se había visto impedido.

¿Qué pasó? le preguntó el doctor, quien la esperaba para analizar el vientre de alquiler de la mujer que llevaba.

Mi abuela ha muerto, doctor. Se asfixió.

Bueno todo tiene solución en la vida. Deshágase del cadáver y consiga a otra víctima.

Ahora, médico y paciente hablaban el mismo idioma.

Fulvia manejó hacia un acantilado. Esta vez, no había quién la pudiera ayudar con el cuerpo. Lo tiró al piso, le sacó la dentadura postiza y lo arrastró hacia el borde del precipicio. Luego, con el pie derecho, empujó a la pobre anciana. Vio cómo la desdentada caía. Guardó el preciado recuerdo en su cartera y se largó.

Diva de noche

TIRSO ERA UN HOMOSEXUAL que vivía con su anciana madre.

¡*Oh là là!*!, exclamaba Tirso, única expresión francesa que sabía, cabe recalcar.

Madre, tus plantas se están muriendo y desplazaba a la vieja por todas las esquinas de la casona, mostrándole sus helechos en evidente estado de sequedad.

Mamita, ya me cansé de pasearte todo el santo día. ¿Tú, crees que me divierte gastar mis tacos? Son para mi espectáculo.

Tirso iba soplando el polvo de todos los avejentados muebles; éste le caía a la vieja en la paralizada cara.

Mira los pisos, madre, están hechos un desastre. Yo creo que es hora de que contrates a una doméstica. Tirso volteaba la silla de ruedas para que su madre pudiera admirarlo. Su hijo estaba vestido de *geisha*. Llevaba puesta una bata fucsia, con mariposas amarillas de vejez. La roída seda caía hasta sus espeluznantes rodillas. Tenía los labios del mismo color que la bata y una peineta de plástico rosada que sujetaba su opaco pelo.

Yo creo que ya es tiempo de dedicar la pensión de mi padre a dar brillo y opulencia a esta casa. No puede ser que

las paredes estén tan resquebrajadas y agrietadas. Esta vez prometo no gastarme el dinero en licor. Dichas estas palabras, se llevó a la boca una botella de pisco barato.

La anciana trataba de expresar conformidad, con gran esfuerzo, en tanto su viejo perro, Ulises, meaba sobre una de las ruedas de la silla.

Yo sé que disfrutas secretamente de nuestra decadencia, madre, le decía en voz baja el travesti oriental.

En su adolescencia, Tirso había trabajado limpiando pisos en un café-teatro. También incursionó como *barmán* en un local de lesbianas, pero al darse cuenta la dueña de que el licor desaparecía, lo despidió. Finalmente, fue anfitrión en discotecas de ambiente y no pasó mucho tiempo para que surgiera como bailarín de travestis en espectáculos del submundo *gay*. Un puesto que muchos cabritos de mala muerte anhelaban. Utilizaba mallas, chaquetitas de lentejuelas y algo de maquillaje barato en el rostro para realizar coreografías junto al travesti de moda. Bailar lo era todo en ese momento. Muchos años más tarde, se dio cuenta de que no quería ser un vulgar cabrito.

Toscamente, embadurnaba carmín para ocultar aquellas grietas en sus labios. Difuminaba las sombras en sus arrugados párpados y ponía rubor en sus pómulos flojos. Atomizaba un aerosol de pintura negra a su pelo, pues no podía darse el lujo de pintárselo. Poníase unos aretes de fantasía color dorado que iban de acuerdo con su largo vestido. No tenía muchas tenidas, pero las pocas que aún conservaba las cuidaba, puesto que cada espectáculo era para él, su vida y pasión. La Diva era conocida por representar conocidas estrellas de Hollywood. Antiguas, claro.

Señoras y señores, esta noche démosle la bienvenida a Greta Garbo.

Caminaba elegantemente por el estrado. Nadie podría decir que su vida era lo contrario. Trataba de no balbucear y mostraba al público una amplia sonrisa. Su tamaño y su flaca textura lo ayudaban a plasmar el verdadero *caché* de los artistas que encarnaba. Sólo lo hacía feliz el poder brindar un buen *show* a aquel público sin mundo, sin clase y hambriento de morbo. Gente que huía de su realidad y se sumergía en este antro donde un viejo travesti podía ser la estrella. Una estrella sin luz, una estrella que vivía en la miseria.

La Diva se alcoholizaba en constante pánico a causa de su peor enemigo: El tiempo. Así trataba de olvidar. Se reincorporaba a sus ensayos practicando dentro de su recámara como si fuera la última noche de su vida, hasta que el acto fuera perfecto. Tenía público.

Ulises, ¿te gustan mis tacos? Y a ti, madre, ¿te gusta cómo me he maquillado hoy?

Su madre siempre muda.

Mamita, seguro querrás preguntarme por qué hoy no estoy disfrazada. La Diva tenía puesta una bata de seda roja.

No siempre podré complacerte, madre. La Diva echaba humo por la boca y tiraba las cenizas sobre las piernas de su progenitora. El olor a berrinche era insoportable y las pulgas saltaban de un lugar a otro mientras que su perro defecaba en donde le daba la gana. Entre tacos aguja y pestañas postizas, Tirso tropezaba torpemente por los tragos de veneno que se deslizaban por su garganta entre baile y canto. Licor que acomodaba en la entrepierna de la anciana mientras no libaba.

Mamita, no creas que he desperdiciado mi plata en este brebaje. El chino de la esquina me lo regaló a cambio de sexo oral.

Todos los sábados por la noche se congregaba un grupo de maricones en casa de Tirso. Trataban de olvidar que eran viejos, feos y patéticos. Vestían pantalones brillosos, de tanto uso, con camisas de imitación Versace, pues eran homosexuales sin mucho poder adquisitivo como para lucir ropa de marca, por lo que los llamaban en el ambiente *loquitas bagres*.

¿Mamá, quieres que te lleve a tu habitación o quieres meterte un par de tiros? La Diva empujaba la silla de ruedas riéndose de sus bromas.

Cargaba a su madre y la acostaba, la cubría con una colcha sucia y le daba un beso en la frente.

La bendición, madre, le reclamaba antes de salir del cuarto. La vieja murmuraba cualquier cosa; luego, Tirso regresaba con sus amigos y secaba la última gota de ron de su botella, esperando a que alguien se animara a compartir su coca.

Todos contemplaban la droga, deleitándose mentalmente. Químico, que parecía pastillas chancadas o harina. Sabían que ese polvillo crema les causaría ardor al inhalarlo, porque estaba bien *pateada*, por más peinada que estuviera. La Diva ya salivaba por la sensación. Nunca había probado buena coca. Cualquier polvo le parecía rico.

Bueno chicas, por yo ser dueña de casa, jalo primera, advirtió Tirso.

Préstame tu tarjeta de crédito, le dijo al gordo huachafo que tenía al costado.

Todas las locas se rieron porque sabían que no tenían ni tarjeta de presentación.

Luego de meterse tiros, ingerir alcohol y hablar incoherencias, decidieron salir.

Bajaron del taxi entre risas y griteríos para anunciar su llegada. Típico en las locas de edad que necesitan atención. En la puerta se encontraban los porteros de la discoteca que decidían quiénes entraban y quiénes no. Cabe recalcar que en el mundo *gay* también se guarda el derecho de admisión.

Ustedes no entran, les dijo el joven espantado de las ancianas travestis.

Tú eres nuevo, seguramente. Soy la Diva y ellos están conmigo.

Tirso tenía acceso gratis a la mayoría de locales de ambiente. Todos saludaban a la Diva con besito y le rendían suma pleitesía.

Al cruzar el umbral bajaban cuidadosamente por unas escaleras alfombradas de color rojo, y alumbradas con luz fluorescente. Parecía el injerto de chifa y burdel. Mucho glamour barato, brillo, escarcha, flores de plástico y esculturas coloridas. La música disco iba aumentando en volumen a medida que se aproximaban a la pista de baile; y una vez dentro, las promiscuas ovejas se disiparon. Al menos, eran conscientes de que juntas espantaban a la clientela. Tirso se apoyaba en una columna y miraba cómo aquellos cuerpos jóvenes y musculosos se contorneaban al ritmo de la música haciendo alarde del gimnasio que con mucho esfuerzo pagaban. Politos blancos con manga cero, vaqueros ajustados mostrando los glúteos bien trabajados y mucha gomina. El

ambiente estaba cargado de hedores, humo, sonrisas seduc-toras, ojos desviados, poros abiertos, caras grasosas y cuer-pos sudorosos chocando unos contra otros, sumergiéndose en esta grotesca sopa de fluidos. La Diva esperaba cautelo-sa, para dar rienda suelta a sus más bajos instintos.

Las horas pasaron y el alcohol había hecho efecto. Tir-so no le había quitado la mirada a aquel cuerpo monumental que, caminando en zigzag, abrazaba a los presentes para no caerse. Era ahí que entraba en acción. La tarántula arrastra-ría al escarabajo a su nido, un lugar oscuro y lúgubre, una esquina donde le metería la lengua dentro de la garganta, como consecuencia de una excitación excesiva. Pues besar a un joven guapo y borracho no era pan de todos los días. Tirso atacaba a los que ya no podían mantenerse de pie y mejor aún, si habían perdido el conocimiento. La Diva se acordaba de que no muy lejos habían hotelitos de una estrella que, sin embargo, no podía pagar. Entonces, cargaba con la presa hasta su casa.

Una vez en su habitación postró al joven sobre su cama. Lo desvistió con dificultad, temeroso de que éste despertara y lo golpeará. Ese jean ajustado no era tan fácil de sacar. Le quitó las medias y le lamió cada uno de los dedos del pie. Una vez que su víctima se encontraba desnuda, acarició sus pectorales y comenzó a olfatear el aroma de la juventud, aquella que en algún momento tuvo. Pasaba nervio-samente sus manos por las entrepiernas del desmayado hasta llegar a los genitales. Cogió con ansiedad los testículos es-trujándolos con miedo. Se aferró a ellos sabiendo que pronto desaparecerían de sus manos. Era denigrante tener sexo con

un hombre inconsciente, pero más denigrante aún, era no tener sexo.

Esto amerita un trago, se dijo, mientras admiraba la carne fresca.

Abrió una lata de galletas y sacó una botella pequeña de ron. Sorbió ansioso y se fue desvistiendo dejando a la intemperie su cuerpo disecado. Tenía el pellejo pegado al hueso, parecía un perro callejero mal nutrido. Su vello púbico era canoso y sus testículos estaban descolgados.

Se arrodilló sobre la cama con dificultad y miedo a caer sobre el adonis durmiente. Mojó sus labios con saliva para no lijar la piel del muchacho y besó su blanca y lozana piel.

Esto es rico, se decía mientras seguía lamiendo todas las cavidades de ese maravilloso cuerpo. Tirso deseaba quedarse con él para siempre. Cerraba los ojos y pensaba en piel tersa, genitales firmes y un rostro sin arrugas. No deseaba despertar para toparse con su sórdida inmundicia, su degradante vida y la utopía de algún día encontrar a una pareja.

Qué asco, moriremos locas y solas, se decía aterrado, en tanto volteaba morbosamente a su víctima.

No veía las horas de meter su semi flácido miembro.

A medida que arremetía contra su víctima, el somier del colchón comenzaba a chirrear, arrullando a su madre. Deseaba que ésta pudiera vocalizar, para que le diera su aprobación de cuanto hombre metía a su descuidada casa. Entre que metía y sacaba el falo, pensaba lo lindo que sería tener una pareja estable que lo acompañe hasta el final de sus días, pues pronto moriría de cirrosis. Una pareja que pueda ayudarlo a pasear a su madre y que le fuera fiel.

Qué idiotez, se decía, ¿qué estoy pensando? Todas las locas somos promiscuas y putas. No existe el amor homosexual.

Yo creo que mi mamita no maldice su útero por haberme parido, y ahogó un grito quedando tendido sobre el dorso del joven. Las gotas de sudor corrían por su frente y mojaban el cuello del sodomizado.

Al día siguiente, en medio del vaho, la Diva admiraba su triunfo mientras fumaba un cigarrillo en señal de satisfacción. Se había puesto una bata gris que en algún momento fue negra. Lo que había sido un cadáver en vida se iba recuperando, desencogiéndose de a pocos y postrándose al borde de la ruidosa cama. Al ver a un viejo repulsivo con una mirada relajada, cerró los ojos y los volvió a abrir con la esperanza de que fuera una pesadilla. El viejo continuaba ahí sentado. El joven vomitó y luego le preguntó:

¿Me invitas un cigarrillo? su brazo se estiraba tembloroso.

¿Qué ha pasado? ¿Qué me has hecho?, y trataba de prender su cigarrillo con un encendedor de bailarina de ballet que Tirso le había alcanzado.

Nada que no quisieras, respondió la Diva expeliendo el humo con *caché*.

Cuántos años tienes ¿ah?, seguro que unos ochenta. ¡Qué asco! ¿No te da vergüenza aprovecharte de los borrachos? Y terminó escupiendo el piso.

La Diva lo miró de reojo y le dijo: Estabas más ebrio que yo y recuerdo que me dijiste que por un par de tiros le entrabas a todo. Así, silenció al atrevido.

¿Y aún te queda algo? preguntó ansioso el muchacho.

Como respuesta, Tirso le fue alcanzando su ropa.

La Diva sacó un billete que tenía escondido dentro de una pantimedia. Lo metió con sus propias manos en el bolsillo posterior del *jean*, para poder, así, sentir por ultima vez el prominente glúteo del flete.

Tirso se tiró sobre su cama. Esta, aún olía a sexo. Respiró fuertemente una y otra vez sabiendo que el aroma del joven se desvanecería pronto. Luego, prendió otro cigarro. Ulises se había echado a su costado, rascando sus pulgas. La soledad atormentaba al travesti. Por la puerta se acababa de ir aquella juventud que había traído a su noche placer y éxtasis. Era cierto que no siempre se encontraba un borracho bonito. Tirso miraba las telas de araña en el techo de su cuarto recordándole la falta de una doméstica. Sabía que cualquier víctima que amaneciera en ese cuarto jamás regresaría y menos después de verlo a él. Definitivamente, Tirso no era una figura para ver calato a primera hora de la mañana. Ulises comenzó a jalarlo de la bata con sus dientes, recordándole que era hora de la rutina diaria. La Diva se puso de pie y se fue a la habitación contigua. Cargó a su madre y la puso en la silla de ruedas.

Madre, hoy día me da flojera bañarte, estoy con resaca. Sólo habrá paseo.

SIN VASELINA

se terminó de imprimir en setiembre del 2004

en los talleres de Gráficos S.R.L.

Galicia 190, Urb. Higuiereta, Surco

Telefax: 273-2055

Los cuentos de Rocío, si pueden llamarse así, constituyen un antónimo contundente de todo lo que se ha escrito sobre la sexualidad romántica; sin dejar por eso de ser, encantadora y humorísticamente, románticos a más no poder. Sintetizan, mediante un manejo despiadado de la literatura, esa incomparable sexualidad, salvaje y libre, que se resuelve en polvos impecables, sazónados con arrechamientos impetuosos, pedos jugosos, penes salvajes, vaginas insaciables, orgasmos mortales y, cuando las cosas son perfectas, carcajadas divinas.

Armando Robles Godoy

Sórdidos. Negros. Al filo de la navaja. Siempre en medio de la batalla entre lo erótico y lo tanático. Casi subterráneos. Desesperanzadores. Nunca tristes. Nunca alegres. Sórdidos insisto. Rocío ha decidido escribir desde ese pedazo de uno mismo que casi nadie se atreve a visitar. Si no vuelve es que nunca, en realidad, estuvo entre nosotros.

Hernán Garrido Lecca

Los personajes de Rocío conciben el mundo como un territorio siempre inexplorado. No sólo están dispuestos a conocerlo sino a explorarlo hasta sus últimos límites, en realidad a hacerlo saltar y a desaparecer con él.

Alonso Cueto

